

Misioneros en Comunidad de Discípulos

Cartas Vocacionales – Mayo 2018.

Para un claretiano, ser misionero en comunidad de discípulos, no es una opción sino una característica esencial que brota de los orígenes de la Congregación y del propio carisma. La inserción del claretiano en la comunidad de discípulos es una dimensión importante de su vocación.

No es por nada que nuestras Constituciones dedican el primer capítulo al tema de la *Comunidad Misionera*. Nosotros, Hijos del Inmaculado Corazón de María, fuimos llamados a semejanza de los apóstoles, recibimos el don de seguir a Cristo, en comunión de vida... es por eso que somos invitados a imitar la comunión de vida de los apóstoles con Cristo Jesús. Para un claretiano la comunidad es un don necesario e imprescindible porque define a los verdaderos discípulos de Cristo. Así la vida fraterna en comunidad, debe constituir para cada claretiano la primera palabra misionera. Pues todos somos el resultado de una gracia que nos congrega para el anuncio de la Palabra, y que no nos fue dada para que la vivamos al margen de los otros. Esta es la razón por la cual el documento la Misión del Claretiano Hoy considera que “la primera y principal pertenencia del claretiano tiene que ser su profunda comunión con los hermanos, llamados y enviados, como él, a ser testigos y anunciadores de la Buena Nueva”.

El XXV Capítulo General considera y confirma para todos los misioneros claretianos: “Mediación principal de la Misión, la comunidad de los discípulos-misioneros con y desde Jesús nos ayuda a pasar de la preeminencia del yo a la primacía del nosotros y nos hace testigos y mensajeros del Reino. Llamados a tener un solo corazón, una sola alma y todo en común, lejos de pedir que cada uno de nosotros deje de ser él mismo, el Evangelio nos invita a desplegarlos en ese compartir para el que hemos sido creados: nuestro ser en común fortalece, enriquece y da hondura a nuestro ser personal. Somos yo porque estamos llamados a ser nosotros. La comunidad misionera –don precioso–, alimentada plenamente en la Eucaristía, es espacio privilegiado que permite y fortalece nuestra plenitud personal. En este mundo de tanta tristeza e insatisfacción, la vocación misionera llena de alegría y permite una verdadera felicidad que no se paga con nada” (MS 26).

En este sentido, cada claretiano debe considerar que ser misionero en comunidad de discípulos es una gracia que nos debe interpelar a promover la belleza de la comunidad y a reactivar nuestra alianza fraterna, tanto como a evitar la indiferencia, la existencia de grupos sin vivencia comunitaria y de individualismos apostólicos, de personas que vivan de espaldas a los demás y separadas de ellos. También nos sentimos llamados a cultivar la escucha, la sensibilidad por el otro, la comunicación espiritual, las relaciones fraternas y la transparencia en el intercambio de nuestros bienes.

En el contexto de una Iglesia en salida, cada comunidad claretiana debe percibir que es una comunidad que camina al encuentro de los más necesitados para estar al servicio, como afirma el papa Francisco: “Hace falta ayudar a reconocer que el único camino es aprender a encontrar a los demás con la actitud adecuada, que es valorizarlos y aceptarlos como compañeros de camino, sin resistencias interiores. Mejor aún, se trata de aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los otros, en su voz, en sus reivindicaciones; y aprender también a sufrir, en un abrazo con Jesús crucificado” (EG 91). La comunidad de los discípulos es “una fraternidad mística, contemplativa, que sabe ver la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano” (EG 92). Ser discípulo misionero significa existir para estar al servicio de los otros. “Con obras y gestos, la comunidad misionera entra en la vida diaria de los otros, acorta las distancias, se abaja –si fuera necesario– hasta la humillación y asume la vida humana tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo” (EG 24). No hay otro camino. “Se trata de ‘cumplir’ aquello que el Señor nos indicó como respuesta a su amor, resaltando, junto con todas las virtudes, aquel mandamiento nuevo que es el primero, el mayor, el que mejor nos identifica como discípulos: ‘Este es mi mandamiento: que se amen unos a otros como Yo los he amado’ (Juan 15, 12)” (EG 161).

Vivir como misionero en comunidad de discípulos es un don del Espíritu Santo que tenemos que recibir y cuidar. Reconocer que vivir como misionero en comunidad de discípulos, a pesar de todos los límites, sustenta y refuerza nuestra vocación misionera, ayuda a cultivar una fidelidad creativa que consolida y profundiza nuestra identidad misionera, reinterpreta el carisma en nuestros contextos y nos impulsa a vivirlo con más alegría.

Dado que, en general, nuestras comunidades son intergeneracionales, multi e interculturales, es un imperativo para cada uno de nosotros reconocer que el Espíritu Santo es quien edifica nuestra comunidad y nos configura como discípulos misioneros, al servicio del pueblo de Dios.

En consecuencia, somos llamados para ser en el mundo de hoy, y en particular para los jóvenes, testimonio del don recibido, una parábola de comunión, un signo escatológico, una palabra evangelizadora y cautivante. Esto no será posible si no ponemos en el centro de nuestra vida de misioneros en comunidad de discípulos la Eucaristía, en cuanto fuente principal de la vida cristiana. Quien participa de ella se vuelve fuerte, robusto y se prepara para dar testimonio. Ella es el centro de la vida de la comunidad de los discípulos misioneros que, en torno al altar, se vuelven uno con Cristo que se hace presente visiblemente en la apariencia del Pan y del Vino; la escucha vocacional y compartida de la Palabra de Dios; el testimonio de los hermanos que alienta la vivencia gozosa del don recibido, son unos entre muchos elementos que deben ser valorados.

Como discípulos y mensajeros amados, sepamos acoger a María nuestra Madre en nuestra casa, y que el Espíritu nos ayude a hacer siempre de nuestra vida fraterna un anuncio gozoso y transparente del Reino.

P. Gabriel Isaías Cassinda CMF
Angola-Sao Tomé e Príncipe

